



DIFERENCIA(S)

revista de teoría social contemporánea

JOSÉ LUIS TAUREL XIFRA

PARA LEER NUEVAMENTE EL CAPITAL. NOTAS SOBRE UNA LECTURA DE EL CAPITAL EN EL SIGLO XXI

**RESEÑA DE JAMESON, F. (2013). REPRESENTAR EL CAPI-
TAL. BUENOS AIRES: FONDO DE CULTURA ECONÓMICA**

EN REVISTA DIFERENCIA(S)

DINERO - N°5 - AÑO 4 - NOVIEMBRE 2017. ARGENTINA.

ISSN 2469-1100

PP. N° 202-208



PARA LEER NUEVAMENTE EL CAPITAL. NOTAS SOBRE UNA LECTURA DE EL CAPITAL EN EL SIGLO XXI

**RESEÑA DE JAMESON, F. (2013). REPRESENTAR EL CAPITAL.
BUENOS AIRES: FONDO DE CULTURA ECONÓMICA.**

JOSÉ LUIS TAUREL XIFRA

Email: joseltaurel@yahoo.com.ar

RECIBIDO 27/09/2017
APROBADO 20/10/2017

Hace 150 años luego de una innumerable cantidad de contratiempos, correcciones, suspensiones, Marx considera finalizada su gran obra y entrega a la imprenta el manuscrito de *El capital*. Desde entonces mucha agua ha pasado por debajo del puente. En más de una oportunidad se decretó la crisis e incluso la muerte de Marx y del marxismo¹, y se ha llegado a afirmar que vivimos en una era posmarxista. Curiosamente, al capitalismo a pesar de sus recurrentes crisis cada vez más fuertes y que amenazan convertirse en permanentes, son pocos los que se animan a proponer una fecha de caducidad o nombre para un orden social alternativo.

No obstante, con siglo y medio a cuestas cabe preguntarse ¿por qué seguir leyendo este texto decimonónico? o ¿por qué no es relegado al cementerio de ciencias obsoletas? Para actualizar sus lecciones a nuestros días, se requiere un ejercicio intelectual que despierte nuevos sentidos.

Según Jameson esa posibilidad resulta de explorar en la identidad y la diferencia de los estadios del capitalismo. La tarea consiste en promover una lectura creativa que lo invoque para conjurar los males del capitalismo de una época histórica precisa, donde ese lenguaje centenario encuentra una nueva “traducción” que otorga las claves para cortar los nudos gordianos contemporáneos. De allí que sostenga al inicio de su obra que “nadie debería sorprenderse de que Marx siga siendo tan inagotable como el capital, ni de que cada adaptación o mutación del segundo confiera nuevas resonancias y acentos inéditos, pletóricos de nuevos sentidos, a los textos y a los pensamientos del primero” (p.11). Después de tanto tiempo *El capital* sigue siendo unos de los textos fundamentales del presente, y este agudo análisis nos invita a leerlo, como ya lo hiciera Althusser en los sesenta, otra vez, nuevamente.

La lectura de Jameson se basa en recorrer minuciosamente el “proceso constructivo” por el cual *El capital* enfrenta la dificultad de asir un objeto de estudio como el capital en sí mismo, que no cesa de transformarse y expandirse, pues “la esencia superficial del sistema” es el cambio (p. 178). Su meticuloso desmontaje nos permite percibir de cerca el monumental esfuerzo de Marx por representar mediante la palabra y bajo criterios científicos a ese cúmulo de valor de cambio en un inagotable movimiento en pos de una expansión constante.

La “representación” de *El capital* que presentamos se traza al captar el lugar que ocupan sus análisis en la construcción del todo. Cómo en las resoluciones de problemas, la presentación de tensiones o antinomias, no se busca disolverlas ni desenmascararlas de manera radical, sino mantener la extrañeza en el marco de una nueva “que aporte la solución dialéctica” (p.27). Entonces, el desafío al describir el

1 “Crisis del marxismo’: un antecedente fundador” en Sazbón, J. (2002). Historia y representación. Quilmes: Universidad Nacional de Quilmes.

funcionamiento del capitalismo es poner en evidencia la constante expansión del propio objeto de estudio. En tal sentido, la gran dificultad contra la cual lidió Marx es el problema de la representación. El uso que hace de “*Darstellung*”, lo entiende ligado a la conceptualización y no en sentido literario o retórico, por lo cual se propone comprender el término como “una operación esencial de la cartografía cognitiva y en la construcción ideológica (entendida aquí en un sentido positivo)” (p.16).

En una palabra, la dificultad para representar al capital surge de su propia condición de una totalidad que nadie puede ver, de la cual sólo se perciben sus síntomas. Sin embargo, no por irrepresentable el capitalismo es inefable y el Tomo I es la mejor prueba de ello. Si toda representación es parcial y en una misma se contrabalancean y articulan énfasis en distintas características, Jameson encuentra en la dialéctica la artimaña analítica y narrativa que permitió compensar y coordinar formas incompatibles.

Lo atrapante del presente texto radica en abordar al clásico como una serie de problemas e intrigas que se van resolviendo a medida que aparecen otros nuevos y más complejos. Como lo define el autor “consiste en verlo [a *El capital*] como una serie de enigmas, de misterios o paradojas, cuya solución se brindará en el momento adecuado” (p.27).

Esta menuda tarea analítica, que logra mimetizar al lector con el desafío intelectual abordado por el oriundo de Treveris mejor que muchas biografías, se estructura en torno a una hipótesis central, que a su vez se apoya en otras afirmaciones, que lejos de reducirse a simples complementos de aquélla desafían al pensamiento².

A diferencia de una interpretación muy extendida que encuentra en *El capital* un libro sobre la desigualdad (que dicho sea de paso, esta categoría edulcorada oculta la explotación y con ella el mecanismo fundamental de la producción capitalista), el objetivo de Jameson propone considerar al desempleo como el núcleo de la obra. Tal propuesta se construye, por un lado, a partir de un recorte singular de la misma, y por otro, en una serie de supuestos que abren innumerables líneas de indagación. De allí que desde esta perspectiva el cuerpo principal de la obra, es decir la extensión en la cual se devela el secreto del capitalismo, comprende desde la sección segunda hasta el capítulo veintitrés de la séptima. Lo impactante de la selección se encuentra no tanto en aquello que incluye, sino en lo que descarta (tal vez los capítulos más leídos y comentados): el primero (junto con el apartado sobre el fetichismo de la mercancía) y el veinticuatro sobre la acumulación originaria. Para Jameson la primera sección es un callejón sin salida (donde uno se ejercita hegelianamente en descubrir la esencia detrás de las apariencias), porque la teoría del dinero ahí presente como

2 Por ejemplo, contradice a Althusser, porque afirma que “la teoría de la enajenación sigue siendo un impulso activo y conformador en *El capital*” (p. 12), pero aclara que aquí ha mutado a una dimensión no filosófica o posfilosófica.

“solución” cumple un rol menor en el resto de la obra. Su aporte principal en el marco de un análisis integral del capitalismo es destacar que el dinero es en sí mismo un síntoma de las contradicciones del sistema. Es decir que su función radica en permitir el funcionamiento manteniendo las contradicciones estructurales.

Antes de arribar a semejante conclusión, el primer capítulo desarrolla el despliegue dialéctico de las dualidades que se presentan en la sección inicial, especialmente la que se da entre valor de uso y valor de cambio (que no es sino una versión moderna de cualidad-cantidad), hasta sumergirse de lleno en el problema de la equivalencia que le permite ingresar al “cuerpo principal”. Así nos permite arribar a un enigma que se irá resolviendo, es decir desplegando, a medida que avancemos: “¿cómo puede ser un objeto el equivalente de otro [en términos de valor]?” (p.38). Junto a su secreto inescindible: ¿de dónde surge la ganancia del capitalista?

A raíz de la falta de respuesta al acertijo fundamental es que Jameson propone que la sección primera de *El capital* constituye una continuación y revisión de *La contribución*, por eso le otorga el valor de un tratado en sí mismo “pequeño pero completo” (p.25). Sus juegos dialécticos, la conexión con escritos de juventud, el lenguaje o el germen de la crítica de fondo, no satisfacen al crítico ya que considera que sin la teoría del valor desarrollada páginas más adelante hubiera quedado relegado a un tratado económico más de aquella época. El análisis cierra presentando el primer “climax” que consiste en tres soluciones parciales al enigma del valor que se abren en *El capital*: una teoría de la reificación (posteriormente desarrollada por Lukács); la aparición de lo social como un tercer término que permite derivar la discusión del fetichismo por otros senderos; y finalmente una teoría del dinero. Esta última, no es otra cosa que una solución real (y efectiva en términos prácticos) a un problema falso. La aparición de un equivalente general es una salida falsa que no resuelve las contradicciones sino que le permite funcionar al sistema.

Por lo tanto, en la sección primera no se desarrolla ninguna contradicción verdadera, sólo oposiciones. El nuevo enigma que se muestra en la segunda sección y se traza por todo *El capital*, consiste en el incremento de valor de la mercancía terminada respecto de la suma de sus partes “¿cómo puede el intercambio de iguales o equivalentes producir una ganancia, o bien, en otras palabras, simplificando aún más la pregunta, cómo puede el dinero engendrar más dinero?” (p.66).

Era predecible según la dinámica dialéctica, que la verdad completa a esta pregunta recién se termine de conocer en la sección séptima. Además Jameson sostiene que es donde Marx repentina e inesperadamente explica todo el plan de la obra. Por tanto, damos un salto hasta ahí para completar nuestro comentario.

Si el primer enigma planteó la equivalencia (cuantitativa) entre dos cosas cualitativamente distintas y su complejidad resultó de dar respuesta a un problema falso. En este contexto emerge el segundo gran problema. Para comprenderlo es menester incluir la dimensión temporal. Durante la jornada laboral que se extiende en el tiempo, la fuerza de trabajo que fue comprada libremente y por su valor se realiza y genera valor más allá de su propio costo. A partir de cierto momento comienza a crear valor extra. Con todos los elementos que hacen a la ganancia (plusvalor, capital variable y constante) ya dispuestos sobre el tapete, nos topamos de bruces con el problema que señalamos: si el obrero es quien genera el plusvalor ¿por qué se lo expulsa? ¿Cómo se explica este fenómeno?

La acumulación de capital reporta una importancia creciente del capital constante sobre el variable (aumento de productividad) que conlleva inevitablemente la concentración y centralización. Esta explicación de Marx (que anticipa la tendencia decreciente de la tasa de ganancia del Tomo III), nos lleva, guiados por nuestro exégeta, a entender el monopolio como una consecuencia necesaria del desarrollo capitalista y no como una deformación. Así el detallado seguimiento del capítulo “La ley general de la acumulación capitalista”, desemboca en un nuevo climax, pero en este caso del propio Jameson.

Al seguir su análisis somos testigos privilegiados del despliegue de la contradicción con el desarrollo de la maquinaria. Mientras su implementación disminuye el tiempo de trabajo, al funcionar al servicio del capitalismo simultáneamente (y paradójicamente) lo incrementa. Esta afirmación que en una primera impresión parece un sin sentido abre el análisis a la miseria y al ejército industrial de reserva. Cuya conclusión redunda en una de las máximas de juventud: el progreso viene acompañado de miseria.

Más allá de los innumerables vericuetos³, “lo irrefutable es que la ley general enunciada aquí tiene que ver con el no trabajo” (p.92), es decir con la producción del ejército industrial de reserva. La verdadera ley de la acumulación capitalista, más vigente que nunca en el siglo XXI, es la polarización de la sociedad en dos clases, una que concentra cada vez más riqueza, otra que aumenta su miseria.

La conclusión a la que arribamos afirma que ser desempleado no es en carecer de ocupación en la economía, sino que el desempleo es en sí mismo una función para un sistema que lo ha cubierto todo sin dejar nada por fuera de él. “Los desempleados –o aquí los indigentes, los pauperizados- son de algún modo empleados por el capital para estar desempleados; cumplen una función económica por el propio hecho de no estar en funciones” (p.94) a pesar de que no se les paga por hacerlo.

3 En una breve digresión comenta por qué en el capitalismo no regirse por leyes, ya que se trata de un sistema sustentado en una contradicción que “se destruye a sí misma”.

La clave de lectura de Jameson pasa por la “ley absoluta del capital” a partir de la cual Marx lo representa. Llevar esta “ley” hasta sus últimas consecuencias permite entender “la unidad” entre productividad y miseria, que el incremento del capital constante se da encadenado al aumento del ejército industrial de reserva, y es desde allí que se estructura una visión del sistema como totalidad. De allí que para el crítico *El capital* se trata de “la representación de un sistema” (p.157), únicamente posible al considerar todos los vaivenes dialécticos de la obra, que despojada de la dialéctica es factible de una lectura socialdemócrata, que confía en la reducción de daños, ya que nunca puede apreciar al capital como sistema, como totalidad con todas las contradicciones que conlleva. “El impacto de la formulación dialéctica apuntaba a subrayar la fatídica unidad del capitalismo como modo de producción cuya expansión no puede ser frenada a voluntad mediante la reforma socialdemócrata, ya que a medida que acumula nuevo valor, el capitalismo continúa produciendo un ejército de reserva de desempleados que nunca para de crecer, ahora a escala global” (p.160).

Si debemos otorgarle un mérito al libro de Jameson, si nos obligáramos a limitarnos a uno de una larga lista de prolíficos análisis, deberíamos quedarnos con el rescate de la dialéctica y de su trabajo (negatividad y contradicción) en todo *El capital*⁴. Destaca lo paradójico del sistema que logra la unidad de los opuestos. Además, nos proporciona una visión (representación) de *El capital* (y del capital) que elude las soluciones fáciles que muchas veces llevan a dicotomías que plagan todo el texto (valor de uso-valor de cambio, abierto-cerrado, interior-exterior, bueno-malo), y nos permite explorar las diferencias, las no-identidades, al subirnos a una dinámica que se mueve (siguiendo a Marx) de un polo a otro.

Para finalizar, corresponde formular una consideración política. A pesar de haber emitido al principio la “opinión escandalosa” que *El capital* no es un libro político, ya que la revolución siempre adopta un sentido vinculado a la tecnología, no obstante, cierra con una fuerte reflexión política en base a las perspectivas que surgen de la lectura de su propio texto.

Una lectura de *El capital* que ponga el acento en la explotación, resultará en un programa socialista. Pero si el énfasis recae sobre la dominación, se proyecta en una propuesta democrática, bajo el riesgo que se trata de “un lenguaje que el Estado capitalista suele cooptar con extrema facilidad” (p.184). La disyuntiva política se condensa, entonces, en promover una sociedad que conserve el incremento de la productividad y la innovación pero sin la explotación ni la dominación.

4 Por tal motivo, recomendamos complementar la lectura del presente libro con la primera parte de Jameson, F. (2013). *Valencias de la dialéctica*. Buenos Aires: Eterna Cadencia Editora.

De allí que el legado de Marx recobre sentido y valor, porque “fue el único que se propuso combinar una política de la revuelta con la ‘poesía del futuro’ y se aplicó a demostrar que el socialismo era más moderno que el capitalismo, además de aventajarlo en productividad. Recuperar ese futurismo y ese entusiasmo es a todas luces la tarea fundamental de cualquier ‘batalla discursiva’ de la izquierda en la actualidad” (p.115). Queda a criterio del lector qué camino tomar.